

Sin ir más lejos, ahí tenemos sus admirables *Romances*. Porque es Claudia Lars una cultivadora incansable y certera de este género poético, tan castellano y tan andaluz, tan antiguo y tan moderno. Para ello posee Claudia dotes incomparables: ante todo, la sencillez, la naturalidad, la difícil facilidad del verso. Cosas todas en mi opinión imprescindibles, para quien pretenda hoy destacarse en el romance—por moderno que éste sea—de entre toda esa vasta y anónima turba de «romanceros gitanos» que han brotado en toda la América y España, como hongos después de una noche lluviosa, después del pródigo prodigio de García Lorca.

Mucho habría que decir sobre el tema—siempre actual—de las modas literarias. Porque todos los artistas nos encontramos siempre, cuando lo somos de veras, presos entre el dilema ineludible de lo barroco y de lo clásico. De ser de nuestro tiempo, de nuestra hora y nuestro minuto, sin dejar por eso de ser de todos los tiempos. De ser todo lo «romántico» o «gongorino»—todo lo «moderno» posible—, sin dejar de ser todo lo «clásico» que sea dable: sin dejar de trabajar para lo *Eterno*, para lo sencillo y lo inmortal. De lo contrario, si únicamente nos preocupamos y «nos perecemos» por el modernismo de nuestra época, corremos el riesgo de perecer por él. Y de hacernos tarde o temprano incomprensibles o ridículos para otros «modernismos» más «modernos» todavía, y todavía más efímeros. Por eso la solución ideal consiste en tratar con sencillez, pero sin frialdad, temas eternos a fuerza de ser humanos, dentro de la modalidad de la época y del día y del minuto; pero buscando siempre, en esta modalidad, la parte de eternidad noble y sencilla que cabe siempre en cada segundo, pues que cada segundo es parte de ella, y es la eternidad el alma misma del segundo. La falta de atención y amor a este aspecto del problema, ha hecho fracasar definitivamente a más triunfadores del momento, que todos los derrotados del momentáneo y efímero «fracaso». Y esto es lo que yo llamaría, si tuviese tiempo y lugar para desarrollar en todas sus consecuencias tal doctrina, «el triunfo del Fracaso, y el fracaso del Triunfo». Doctrina que es la esencia misma del cristianismo, y que tan a menudo encontramos en aquellas intensas pinturas medioevales del *Triunfo de la Muerte*; particularmente, las de Andrea d'Orcagna en el Panteón de Pisa.

Así, después de aquella fiebre de dislocado maquinismo, de «loas a la letra minúscula», de «poesías aerodinámicas», «estratosféricas» o «telefonofotogénicas», o bien de poesías «proletarias», «sindicalistas», «económico-político-sociales» y otras de este jaez que tan de moda estuvieron pocos años atrás, vimos, alborozados al principio y hoy con cierta pesadumbre, insinuarse un nuevo y excesivo «modernismo», provocado entre nuestros poetas de último cuño por el refinado y malabárico gongorismo de García Lorca: en cierto sentido, un regreso al siglo XVII, a través de una artificiosa mentalidad «gitana» o popular, cuyas con-

secuencias, traducidas a lo «indígena» y lo «autóctono», han repercutido hondamente en América. Pero, en otro sentido, por lo menos entre los continuadores del andaluz, un morboso retorno, bajo nuevas formas sólo en apariencia «modernas», al corrupto «decadentismo» de hace veinte años. Bien está la moda del romance, en cuanto tiene de legítimamente claro y diáfano y sencillo, de hondamente y lealmente popular, de vigoroso y crudo realismo. Pero mal, muy mal está en cuanto sea sólo un pretexto a malsanas habilidades de juglar, que no llevan en el fondo otra virtualidad ni otro objeto que «épater le bourgeois»; ¡como si no hubiesen trascendido ya ochenta años desde Baudelaire acá!

Por eso mismo es grato encontrar, entre todos los pretendidos «romances» de hoy, algunos romances verdaderos que, como los de Claudia Lars, llevan impreso, además del signo de estos pocos años tan alambicados y oropelescos bajo el caudillaje absoluto del granadino, el cuño imborrable y auténtico de la auténtica Poesía. De esa Poesía que no pasa de moda, porque está siempre con los verdaderos poetas y no con los versificadores, sean éstos de la escuela que sean. Y que sólo por eso, por ser Poesía y no otra cosa más o menos mudable; por ser Poesía eterna y no mero y pasajero «modernismo», ha estado con García Lorca—no siempre—, como ha estado con muchos otros antes de él; y como estará después de él con todos los Poetas realmente unguados de la Gracia, que hubieren de ser en este mundo triste.

En este aspecto, realmente no sé cuál preferir de entre todos los romances de Claudia Lars. Maravilloso es, por ejemplo, ese trozo de vida, esa especie de autobiografía «pre-natal» que se llama el *Romance de mi Ensueño Viejo*, homenaje a la aventurera sangre céltica de su padre, fundida en ella con la gravedad estoica de la indohispánica savia maternal. Maravillosos también—habría que citarlos todos—el *Romance de los Tres Amigos*—tan regional, tan pictórico, tan «nuestro»; el sutilísimo y fragilísimo *Romance de la Niña de Plata*, (representación, acaso, del alma que se fuga en los sueños); el *Romance del Romancero Gitano*, ya citado, quizá lo mejor que hasta la fecha se haya escrito al rededor de la trágica muerte de García Lorca. Y sobre todo—muy por encima de todos éstos, a la par de los mejores poemas del libro—ese extraordinario *Romance de la Noche más Bella*, verdaderamente hipnótico en el hechizo de su magia lunar. Tan personal y tan in-

timo, y por lo mismo tan universal. Tan uránico y—¡oh Keyserling!—tan «telúrico», o telustre. Tan celestial y tan terreno. Tan humano y tan divino. Tan humilde y tan egregio, y tan soberanamente victorioso, que parece cantar, como un clarín de plata bajo la plata de la luna, el efímero y eterno Triunfo de la Vida sobre la muerte: ¡el Triunfo inmarcesible y deleznable!

... Después... Nunca fue una noche
mejor que la noche aquella.
Húmeda noche fragante.
Noche de luna canela.
Frente al lugar de la muerte
encendió la vida bella,
como una rosa gigante,
su llama de veinte lenguas.
¡Flor que nació en el barro
y besaba las estrellas!

* * *

Aunque no sean los Romances, según mi sentir, lo mejor que hay en el libro, si son ellos, quizá, *lo más artístico*. Lo mejor labrado. Lo más emotivo, acaso, dentro de la más perfecta perfección. Y ya que hablo aquí de perfección formal, y precisamente en conexión con el romance, séame permitido referirme brevemente, y en lo posible sin pedantería, a la técnica poética empleada por Claudia Lars en su *Canción Redonda*; particularmente si se la compara con la de su anterior volumen de versos, *Estrellas en el Pozo**. Esta comparación encierra para mí cierto interés, más que por la técnica de esta escritora considerada aisladamente o estáticamente, por lo que ella representa como tendencia dinámica, dentro de las últimas orientaciones de la poesía. De la poesía femenina especialmente. Es para mí, en efecto, altamente sintomática de la moderna evolución literaria de la mujer americana—contando para ello con ejemplos tan altos, tan diversos y tan convincentes como los de Magda Portal, Blanca Luz Brum, María Alicia Domínguez, Teté Casuso y otras—, esa decidida reacción o regresión hacia una mayor sencillez, que recientemente he creído advertir en las letras femeninas de Hispanoamérica. Y esto, aun tratándose de mujeres tan «revolucionarias» en teoría como lo son Magda Portal y Mariblanca Sabas Alomá. En teoría, digo, y en la superficie; porque, por más que en la práctica hayan debido sufrir estas mujeres innumerables padecimientos, encierros y destierros bajo toda clase de tiranías, la honda realidad de sus íntimos sentimientos maternales se rebela y se rebelará siempre, dentro de ellas como dentro de toda mujer, contra toda teoría iconoclasta y destructora. En esto, como en todo, la mujer es rarísima vez innovadora o creadora: sigue casi siempre al hombre. Va casi siempre, hacia donde la llevan sus afectos. Fisiológicamente, pudiéramos decir, la mujer—sobre todo cuando es «muy mujer», como la hispanoamericana—, no puede ser sinceramente revolucionaria, sino conservadora en el fondo: relativamente, se entiende, al medio en que se

* Véase Claudia Lars: *Estrellas en el Pozo*. Ediciones del Convivio. San José de Costa Rica. 1934.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA

50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad

TÉLEFONO 4184 - APARTADO 338